



URIEL QUESADA SOY UNA MOSCA

Para Mario Alberto Marín, a quien le gusta este cuento.

En 1985, Uriel Quesada debutó en la escena narrativa costarricense con un tomo de cuentos titulado "Ese día de los temblores" (Editorial Costa Rica).

Desde esa fecha a la actualidad, Uriel ha seguido cultivando el género narrativo, alternándolo con el ensayo literario, y con alguna que otra reseña bibliográfica. Trabajos todos publicados en reconocidos suplementos culturales de tiquicia.

En 1987 se hace acreedor del "Premio Editorial Costa Rica" en la rama de cuento, con su libro EL ATARDECER DE LOS NIÑOS, cuya publicación esperamos con acendradas ansias manifiestas.

El cuento que hoy publicamos fue excluido por su autor del libro galardonado, poco antes de que éste entrara en concurso. ¿Cuál fue el criterio excluyente? Quizá la fascinante mosca del cuento lo sepa; indaguemos. Tony Blanco ilustra en esta ocasión

SOY una mosca. No importa que no puedan imaginarme ni creerlo. Me preocupa más mi propia incredulidad. No sólo soy capaz de comprender este lenguaje diferente, mi vida se amplió: puedo identificar objetos más complejos que los ricos excrementos y la comida. Me lleno de cosas nuevas: el placer de volar en medio de música bella, la risa irónica cuando molesto a las personas en el almuerzo y ven con desesperación que ni los aerosoles, los manotazos, la amenaza sería de un matamoscas, me amedrentan. No puedo asegurar que todas las moscas sean valientes, pero me enorgullece mi arrojo, mi capacidad de desafío.

Estas virtudes se ven empañadas por un horrible problema: ninguna hermana de raza me comprende. En la mesa me topo alguna, mientras me quiebro la cabeza saludándola amablemente, mi hermana me responde sorprendida con un siseo, yéndose molesta. Puedo comprender sus mensajes primitivos, sin embargo ellas no captan el de mis palabras y ruidos. He llegado a una conclusión: mi zumbido no es de mosca sino humano. Es la única forma de explicar esta incomunicación. Porque mis hermanas no son racistas, ni hay marcado egoísmo por esas cosas del territorio y la invasión de basuras privadas.

Para mi desgracia empiezo a angustiarme. Un nuevo elemento humano: la sensación de ser diferente. Mis hermanas no me rechazan: simplemente ignoran. No me reconocen, no me ven como una mosca más. Debo seguirlas, ninguna se atreve a seguirme. ¿Quién confiaría en un ser muy similar a uno, pero con un alboroto extranjero? Conozco los sonidos de advertencia, de seducción, los que dicen hay una telaraña, huele a insecticida. No me he apareado: no puedo pasar de ruidos elementales, porque una sola palabra de amor asusta a las otras moscas y huyen.

No estoy segura: tal vez mis hermanas me han dedicado un pensamiento en su delicadísimo cerebro. Ojalá fuera así. De ese modo, esta amiga que revolotea muy cerca tendría salvación, de otra forma afrontará su destino con la mediocridad típica de nuestra raza.

TALLER
LITERARIO



Mario Alberto Marín

No me explico cómo pudo suceder. Volábamos con toda tranquilidad por este cuarto caliente cuando dejé de verla. Como la edad me ha vuelto desconfiada, busqué un sitio en el techo para tratar de oírla. Estaba segura de que había sido atrapada por una araña. Me fijé en cuanto tela y basura se encontraban al alcance de mi vista, sin éxito. Claramente percibía su zumbido ahogado en alguna parte. Me acerqué a los roperos, a la biblioteca, al escritorio, a la cama. Nada. Me posé sobre el tocadiscos y allí la descubrí: por encima de mis ojos, en el tornamesa. No estaba perdida bajo la tapa plástica. Peor aún: desesperados zumbidos venían debajo del plato giratorio.

A duras penas atravesé la tapa tratando de no resbalar. Palpé con mi trompa, inclinándome hasta ver sus patas sobresalir desde el otro lado de la pared de metal. Quise tranquilizarla con un siseo amable, pero estaba demasiado nerviosa, completamente fuera de sí. La idiota no comprendía ninguno de mis esfuerzos por comunicarme; sin embargo decidí no perder la calma. Buscaría una salida. Por el mismo lugar que entró iba a salir.

Estos intentos de salvación desafían a cualquier cerebro. No logré hallar una abertura lo suficientemente grande como para que cupiera. Empezaron las dudas: si ignoro la cosa y me largo como lo haría cualquiera... voy por ayuda (¿cuál ayuda, pues?)... ¿cómo habrá hecho la bruta para escabullirse entre los bordes del plato?

Algo sí era definitivo: yo no iba a entrar. No quería arriesgarme a su misma suerte. No sólo topa una con el terrible momento en que alguien pone un disco.

Volé en busca de alimento, pero en vano: no entendía mis intenciones. Revoloteaba con desesperación dentro del hueco del plato. Yo le decía: "agachate y pasé arrastrando el cuerpo", pero las moscas no tenemos memoria (por lo menos mis hermanas) y la idiota ni siquiera comprendía por qué no alzaba vuelo: era intento tras intento empujando la superficie fría.

A pesar de mis posibilidades de optar por otras aventuras más estimulantes, me apoyé en el cielo raso unas horas más. Inevitablemente mi hermana iba a morir de hambre, pero no perdí las esperanzas de que, por algún desliz del azar, pudiera salir campante y sin recordar nada de lo ocurrido. Pero una noche, alguien puso a girar el plato con esa música hermosa que siempre me invita a volar. Egoístamente lo hice por un rato, deslumbrándome en la bombilla del techo, meciéndome hasta topar contra los espejos de la ventana, contando los miles de colores que forman ese mundo. Hasta al rato recordé a la prisionera: estaba enloqueciendo dentro de su oscura celda, cuyo techo giraba y giraba hasta marear. La amenazaban el ruido y el movimiento aterrador de las poleas; los tabiques del techo constantemente golpeaban.

Soy una mosca. Como tal tengo conciencia de mis limitaciones, de la propia muerte que debo esperar. Sé cuándo se acerca. A mi compañera la rondaba. La encontré silenciosa. No sé si sobrevivió al concierto, pero su resistencia había cedido. Con gran esfuerzo puede verla: tranquila, serena, posada en un extremo de su prisión, como resignada a ese destino sin explicación ni paz verdadera. Al tiempo seguía igual, la misma expresión, la misma postura, así supe de su muerte.

Todavía no me he ido del cuarto. La historia no acaba. El humano de los discos le nota un ruido extraño a su tornamesa, como si el plato rozara constantemente algún objeto. Ya lo limpió, lo revisó sin levantar las piezas correctas. Según entiendo, piensa llamar a un experto.

Regresa mi angustia, porque no puedo comunicarle el verdadero motivo de la descompostura. Me acerco a hablar y me espanta con la mano. Le confieso todo cuando duerme, pero piensa que sueña. Le grito desde la seguridad del techo, no cree lo que pasa. Por suerte mi vida se acaba pronto: no quiero aprender más absurdos humanos. Para eso tengo bastante con mi especie.